

Roberto Arlt, excéntrico

Beatriz Sarlo

Los siete locos y Los lanzallamas son textos de crisis. Plantean conflictos que no pueden resolverse sino por la violencia o el aniquilamiento. Situaciones sin salida, condenadas desde el principio. Todo lo que se haga simplemente las vuelve más intrincadas e irreversibles. Como sonámbulos (el sonambulismo es un estado que las novelas de Arlt evocan muchas veces), los personajes siguen una pista equivocada que los aleja cada vez más de aquello que, en algún momento, creyeron desear. Las suertes están jugadas de antemano y las novelas muestran lo inevitable. La angustia de Erdosain, ese sentimiento moderno que hace la modernidad de la ficción arltiana, es una cualidad objetiva. La angustia está en la naturaleza social de las cosas, un sentimiento hegemónico por el cual la subjetividad se carga con el conflicto irresoluble que ya ha sido jugado en la dimensión objetiva.

En este sentido, las novelas de Arlt son «realistas»: ponen en escena las condiciones de las que nadie puede liberarse sin violencia. Arlt denuncia los límites de cualquier cambio que no sea radicalmente revolucionario, es decir, que no destruya las condiciones existentes. No importa cuál sea el sentido de ese cambio, lo que importa es que sea total. La ficción arltiana tiene un imaginario extremista, por eso abundan en ella los conspiradores, las sociedades secretas, los liderazgos carismáticos, la obediencia y la traición. Por eso la revolución resulta de una voluntad decidida, un grupo inquebrantable, una tecnología social y un mito movilizador. *El Astrólogo: Sorel en el Río de la Plata.*

Por su dureza, la ficción arltiana también es una crítica del moralismo y el sentimentalismo, dos posiciones que vienen juntas, tanto en la ideología como en la literatura. El sentimentalismo ablanda la radicalidad de la pasión; la convierte en

un afecto doméstico y mediocre en lugar de conservar su excepcionalidad, la exageración que la hace peligrosa para los intereses y las instituciones. El folletín es sentimental antes que pasional. Arlt escribe sus «misterios de Buenos Aires» limpiando el folletín de sentimentalismo y, en consecuencia, volviéndolo amoral. Al romper el nexo entre sentimiento y moral, que es el nexo que convierte el deseo en impulso socialmente aceptable, Arlt es también un extremista.

En sus novelas, del conflicto se sale por explosión. Literalmente, hay que matar a alguien: a la Bizca, a Bromberg; o suicidarse. La muerte no es simplemente el recurso último de un desesperado, sino la fantasía permanente. Terminar con ésa, con ése, consigo mismo. Ante el cadáver de la Bizca, a la que acaba de matar de un tiro, Erdosain recuerda un detalle «irrisorio». Dice: «¿Viste?... ¿Viste lo que te pasó por andar con la mano en la bragueta de los hombres?». La violencia obscena de la frase, su descarada comicidad de boliche o de conventillo, ponen la narración en un límite que la literatura argentina ha tocado pocas veces.

El extremismo de Arlt es una máquina que vacía las ideologías de sus diferencias.¹ Más allá de la moral, a la que sus personajes desprecian o sucumben en esporádicos accesos de culpa, la narración extremista dice que la «vida puerca» sólo puede ser narrada como crisis de todos los valores, que ya no pueden organizar significativamente las acciones. Por eso, Arlt es un transgresor de las reglas de lo verosímil: en sus novelas los sentimientos están siempre en un más allá de lo esperable, de lo acostumbrado e, incluso, de lo creíble. Todo tiende a la hipérbole. Arlt subraya y tipifica, como si estuviera escribiendo los encabezados de un diario sensacionalista. Imposible olvidar que Arlt era periodista.

En las últimas páginas de Los lanzallamas, la muerte de Erdosain se cuenta dos veces. La primera: el secretario de redacción de un diario de gran tirada, a medianoche, para las rotativas y redacta un titular de primera página: «En el tren de las nueve y cuarenta y cinco se suicidó el feroz asesino Erdosain». Escrita sobre un pedazo de papel sucio, al pie de las máquinas que ya están imprimiendo la edición, la muerte de Erdosain es una noticia policial y Erdosain mismo es simplemente un cliché de la crónica roja, que al día siguiente hará subir las ventas. La segunda: una reconstrucción realizada sobre la base de las crónicas policiales y los relatos de testigos: Erdosain se suicidó en un tren de la línea oeste, pegándose un tiro en el corazón, ante un matrimonio despavorido. Cuando su cadáver llegó a la comisaría, un hombre viejo lo escupió y lo insultó: «Anarquista, hijo de puta». El insulto restituye al personaje a un campo ideológico. Mejor dicho, a un imaginario.

¹ Sobre la ideología en Arlt: José Amícola, *Astrología y fascismo en la obra de Roberto Arlt*, Buenos Aires, Weimar, 1984; Jorge Rivera, *Roberto Arlt. Los siete locos*, Buenos Aires, Hachette, 1986.

Las dos muertes de Erdosain señalan las condiciones de escritura de las novelas de Arlt. Por un lado, el periodismo; por el otro, ese borde donde, como en Crimen y castigo, la novela se toca con la crónica policial. La ficción arltiana muestra cómo un personaje de novela termina en la página de crímenes de un diario de masas. Durante años, el carácter plebeyo de la literatura de Arlt desconcertó a los lectores que establecían un corte nítido entre los géneros masivos y la literatura «culta». Arlt escribía de los dos lados de ese corte. Escribía deseando la literatura «culta» con un saber que había aprendido en ella (Arlt no era de ningún modo un escritor espontáneo o preliterario) y también en la fábrica de escrituras del periodismo.²

Se podría decir: Arlt fue escritor porque fue periodista. Aunque se quejara de la obligación de escribir un número fijo de líneas por día y se rebelara ante la necesidad de encontrar un argumento diferente para esas líneas de la crónica diaria. Como sea, los iluminados, los locos, los marginales, los utopistas, los autoritarios y los revolucionarios de sus novelas son personajes de la crónica tanto como de la literatura, nocturnos visitantes de las redacciones adonde llevaban su extravagancia, parroquianos de los bares que rodeaban a los grandes diarios. Casi todos ellos pueden ser delincuentes o futuros delincuentes; en todo caso, siempre son marginales por exageración de alguna cualidad.

La ficción se toca con la noticia del bajo fondo o de los márgenes cosmopolitas de la ciudad moderna. Arlt escribe «los misterios de Buenos Aires». Pero a diferencia de la moralidad consoladora del folletín, cien años después de Eugène Sue, Arlt no encuentra en ningún lado las reservas de entusiasmo reformador que permite castigar a los culpables y premiar a los honrados. Por otra parte, no acepta ninguna ternura sentimental ante los débiles. Nada se recompone en sus novelas. Nada puede recomponerse porque son narraciones extremistas.

Por eso nunca ha tenido mucho sentido la discusión sobre el contenido ideológico de la ficción arltiana. El extremismo es de izquierdas o de derechas; no habla tanto de contenidos sino de situaciones de crisis que provocan la acción y anuncian la inminencia del cambio. Es una forma. El extremismo arltiano es la ideología de quien desprecia a las ideologías por reformistas, ellas también modos de la ensoñación consoladora de masas.

La noticia policial, en cambio, es precisamente lo contrario de la ensoñación. Da miedo, aunque también traiga la esperanza de un castigo. Muestra la potencia del mal: violadores, estafadores, asesinos, prostitutas, vividores, ladrones y rufianes. En la crónica policial se lee la inscripción de la crisis en la vida de la pequeña gente. El crimen interrumpe, con una soberanía que no posee

² Sobre el periodismo contemporáneo a Roberto Arlt: Sylvia Saïtta, *Regueros de tinta; el diario «Crítica» en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

ningún otro acto, la repetición del trabajo y el ciclo de la vida. Pero también corta el tedio de esas rutinas y presenta a la vida en sus aspectos narrativamente interesantes. La noticia policial es la novela de los miserables, en dos sentidos: son sus protagonistas y sus lectores. Aunque no sean los únicos protagonistas ni los únicos lectores.

En la época de Arlt otros escritos también atraían a los lectores populares. En decenas de manuales técnicos, los autodidactas empeñosos podían aprender electricidad, magnetismo, galvanoplastia, mecánica y metalurgia. Estas palabras son perfectamente afines a las ensoñaciones de Erdosain y de Silvio Astier (dicen las biografías que también a las de Roberto Arlt). Los oficios y las técnicas son los saberes del pobre, de los excluidos de la cultura de élite. En Los siete locos, los saberes técnicos de Erdosain ofrecen sus instrumentos a la revolución planeada por el Astrólogo. Todo tiene el aire de una conspiración blanquista; sólo se necesita un poco de plata para equipar a cien hombres con recursos de nueva tecnología bélica. La fábrica de fosgeno aparece como diagrama y como ícono de Los lanzallamas, porque la conspiración tiene dos caras, la del liderazgo político y la de la innovación técnica apoyada sobre saberes modernos.³

La técnica, por otra parte, está al alcance de cualquiera: libros baratos, traducidos al español, que explican sin exigir conocimientos adquiridos en otra parte, que sólo presuponen las habilidades de quienes tienen un oficio. Estos saberes técnicos alimentan la ilusión arltiana del batacazo: ese golpe de la fortuna que convierte a un desposeído en millonario.

Además el vocabulario técnico, el nombre de las sustancias químicas, las palabras que designan piezas de máquinas o armas, son la materia de la escritura arltiana. Nadie como él modificó la economía lexical incorporando al sistema de representación palabras que no habían sido utilizadas antes por la literatura (la única excepción la ofrecen algunos cuentos de Horacio Quiroga). Arlt escribe con palabras insólitas, cuya presencia desacostumbrada es tan espectacular como el vocabulario de pedrerías y marfiles del modernismo: ramalazo de aluminio, torpedo de cristal, aire de ozono. Con el vocabulario plebeyo de la técnica se construye un paisaje urbano y también a los sujetos: la conciencia apresada en cascos de acero, pasada por laminadoras, galvanizada por corrientes eléctricas. Y el ensueño juega con la técnica. En un taller de metalurgia, Erdosain intenta volver eterna una flor, la rosa metalizada, ese oximorón de alta carga poética que señala el límite material, real, de los ensueños.

Al escribir esas palabras (incluso al copiar fórmulas matemáticas sencillas en las páginas de sus novelas) Arlt le hace dar un giro a la literatura argenti-

³ Sobre los saberes técnicos en Roberto Arlt: Beatriz Sarlo, «Arlt: la técnica en la ciudad», en *La imaginación técnica; sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.

na. El carácter plebeyo de Arlt define su escritura: escribe desde otro lugar social, escribe con lo que en ese lugar puede conocerse. Antes de la ciencia-ficción, Arlt arma narrativas que tienen su vocabulario. Durante muchos años Arlt fue un inclasificable en la literatura argentina. Aunque había sido consagrado tempranamente con algún premio y el éxito de mercado, la crítica se debatía en un dilema planteado más o menos en estos términos: escribe mal, pero es muy interesante. Arlt es un narrador extra-ordinario y por eso el problema de su «mala escritura» es un falso problema. No se puede ser buen narrador y mal escritor al mismo tiempo. Esto, que es tan evidente, quizás sólo en las últimas décadas pudo ser percibido con claridad.

Fue un excéntrico porque su literatura mezcló lo que no se había mezclado antes: la novela del siglo XIX, el folletín, la poesía modernista y el decadentismo, la crónica de costumbres y la crónica roja, los saberes técnicos. Como los inventores populares, Arlt manejaba más o menos todos estos discursos. Sin embargo, la máquina arltiana funciona. Bricolage de escrituras cuyas poéticas Arlt también conocía más o menos, el escándalo de su literatura tiene una marca social, que él siempre puso en primer plano: «soy el desposeído, el que viene de afuera, el que no lee lenguas extranjeras, el que no tiene tiempo para hacer estilo» escribió en el famoso prólogo a Los lanzallamas. El producto del bricolage es siempre excéntrico y original, porque ha sido armado con lo que se tiene a mano, reemplazando las partes ausentes con fragmentos análogos, pero no iguales. Por eso el bricolage es inestable y da la sensación de tener algo de casual y de milagroso. La máquina armada por bricolage es demasiado compleja, a veces excesiva. Siempre le falta o le sobra una pieza. Arlt percibía esta inadecuación de su literatura a la Literatura. Hoy es su marca de originalidad.